

Principio y fundamento: una posible lectura pastoral

*Manolo Bonasa, sj**

Introducción

El presente trabajo pretende acercarse al texto del Principio y Fundamento [23] del libro de los Ejercicios Espirituales desde una interpretación vital, existencial, desde nuestra experiencia cotidiana y ordinaria de creyentes. Para ello lo he relacionado con la narración de Lucas del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), uno de los textos evangélicos donde Jesús comunica y expresa preciosamente su experiencia de Dios como Padre, un Padre cuyas entrañas son de misericordia, descripción de Dios que también podemos encontrar en el texto ignaciano del Principio y Fundamento, si hacemos una lectura honda y existencial del mismo. Estas líneas fueron inspiradas al leer los libros de Jean Laplace sj “El Camino Espiritual a la luz de los Ejercicios Ignacianos”¹ y el libro de Willian A. Barry sj “Dejar que el Creador se comunique con la criatura”². Mientras que el primero insiste en la importancia de la comunicación y la relación entre Ejercicios y Sagrada Escritura³, Barry habla del “Principio y Fundamento afectivo”⁴, el cual define más adelante como: “disfrutar de Dios que despierta el deseo de conocerle y de que sea la relación personal con Él la que dirija la propia vida”⁵, o apoyándose en el teólogo norteamericano Sebastian Moore, como las “experiencias de ser creados que nos sumergen en el gran deseo del universo de que se

* Jesuita, colaborador con este número de Diakonia.

¹ Laplace J., *El camino espiritual a la luz de los Ejercicios Ignacianos*, Sal Terrae, Santander 1988.

² Barry A W., *Dejar que el Creador se comunique con la criatura*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999.

³ Laplace, op. cit., 37-40.

⁴ Barry, op. cit., 15.

⁵ Ibid., 16.

lleve a plenitud el plan de Dios sobre el mundo y sobre cada uno de nosotros”⁶. Creo que ambas propuestas pueden dar mucho de sí pastoralmente, en la práctica de los Ejercicios Ignacianos en sus diversas modalidades y maneras. De ahí que estas páginas sean un intento práctico de ponerlas en práctica. También creo que una manera de acercar a quienes no conocen la espiritualidad ignaciana y nunca han hecho Ejercicios Espirituales puede ser dando un mayor apoyo bíblico a las etapas que Ignacio va proponiendo en sus Ejercicios. De este modo se salva la distancia que el lenguaje propio ignaciano y la originalidad de la propia experiencia pudieran generar en un no iniciado en la espiritualidad ignaciana.

El Principio y Fundamento ignaciano no es un texto teórico, seco y abstracto, a pesar de lo que una lectura superficial pudiese transmitir. Es el lugar donde Ignacio de Loyola elabora de una manera breve, más o menos correcta, una reflexión teológica sobre la realidad de Dios, la condición humana y la relación del hombre con la creación, fruto de su vivencia en dichos ámbitos. Es un texto vivo, dinámico, donde Ignacio expresa la experiencia de Dios que tiene en su vida y que le mueve a situarse en el mundo de una determinada manera. De otro lado, acercarnos a esta experiencia desde la parábola del hijo pródigo de Lucas nos ofrece la posibilidad de acercar este “Principio y Fundamento afectivo” al Dios en el que creía el Señor Jesús, superando cualquier tentación subjetivista a las que nos pudiera conducir un “Principio y Fundamento afectivo” en exceso intimista.

He agrupado la reflexión en torno a tres apartados: la importancia para nuestra vida de seguimiento de la imagen que tengamos de Dios, el rostro de Dios que encontramos en ambos textos, y por último que propuesta de hombre y mujer se desprende de los mismos. Y todo ello porque sólo en la medida en que nos preguntemos quién es Dios para nosotros o en qué Dios creemos y la relación que dicha respuesta tenga con el Dios de Jesús podremos hacer de éste una práctica sanadora y humanizante para todos los hombres y mujeres hoy. Pero también la imagen de Dios que tengamos, el Dios en el que creamos, está en

⁶ Ibid., 16-17.

relación directa con nuestro modo real y concreto de sentirnos, de experimentarnos, hombres y mujeres cristianos hoy, vivir en definitiva nuestro ser criaturas agraciadas y agradecidas en un mundo tan complejo y fragmentado como el actual.

Finalmente, en ambos textos encontramos una misma llamada o invitación al creyente: es necesario tener experiencia del Dios de Jesús de Nazareth para creer en Él. La ley, la tradición, la norma, el rito no nos ahorra el tener que encontrarnos en la historia y en lo secreto del corazón con Dios Padre para experimentarnos “hijos en el Hijo”, para sentirnos llamados a la comunión con el Dios de la vida.

Importancia de nuestra imagen de Dios

Quizá el primer paso de esta reflexión sea interrogarse por qué es tan relevante la imagen, la comprensión que tengamos de Dios para descubrir el “Principio y Fundamento afectivo” y por lo tanto para nuestra vida de fe seguidores de Jesucristo. Veámoslo de una manera sintética:

Dicha pregunta es importante no tanto por lo que puedan aportar sobre cuanto sabemos o conocemos acerca de Dios, sino porque dichas imágenes de la divinidad se traducen y materializan en conductas concretas, en maneras reales y determinadas de ser cristiano en la sociedad actual. Dependiendo de la imagen que tengamos de Dios, vivimos nuestra fe y nos relacionaremos con el mundo y los demás de una u otra manera. En definitiva, a un modo determinado de sentirse, vivirse y experimentarse como cristiano corresponde una manera concreta de percibir y de comprender cómo es Dios y lo que significa para la vida concreta del ser humano.

Tanto el texto de Lucas como el Principio y Fundamento apuestan por una imagen de Dios muy nítida y concreta. El Dios que describe Lucas es un Padre bueno con entrañas de misericordia, el de Ignacio es el Dios viviente que se revela en la historia, en la creación y que es siempre mayor y más rico que todas nuestras realizaciones, imágenes y concreciones.

La pregunta por las imágenes de Dios nos recuerda y previene contra la tentación de caer en la idolatría. Detrás de cada imagen que el hombre se hace de Dios se esconde el grave riesgo de buscar, manipular a Dios, tanto de un modo inconsciente como consciente, por

eso es bueno afirmar que si bien es verdad que nuestras imágenes de la divinidad nos acercan a la misma, también es cierto que nunca recogen con justicia la realidad del Dios de Jesucristo y que siempre tendremos que confrontarlas y corregirlas con los datos que encontramos en la revelación de Dios en los evangelios y en la historia. Dios rompe cualquiera de nuestras representaciones porque a Dios es difícil abarcarlo desde nuestras categorías humanas.

De Dios siempre es más lo que no conocemos que lo que sabemos y afirmamos de Él. De todos modos, la mejor manera de corregir cualquier exceso de nuestras imágenes o representaciones de Dios es seguir el ejemplo de Jesús. Jesucristo en lugar de decir y de describir a Dios, lo practicó, lo experimentó, es decir, dijo que Dios era misericordia siendo misericordioso con aquellos que se acercaban a Él; afirmó que Dios era justicia siendo justo con los que eran atropellados y tratados injustamente; defendió un Dios amor y perdón, amando y perdonando hasta extremos insospechados, incluso a aquellos que lo persiguieron y asesinaron; etc. Lo importante es practicar a Dios, no pronunciar grandes discursos y palabras grandilocuentes sobre la divinidad. Y practicar a Dios solo se hace haciéndose como Jesús totalmente disponible al proyecto del Reino, o en palabras de San Pablo viviendo desde “el Espíritu y no desde la ley del pecado” (Rom 8, 9). Esta es, sin duda, la primera gran llamada que encontramos en los textos de Lucas e Ignacio de Loyola.

El rostro de Dios que nos mostró Jesucristo

A la luz del Principio y Fundamento [23] de la parábola de hijo pródigo ¿qué rostro de Dios encontramos? El texto de Lucas (Lc 15, 11-32) es uno de los fragmentos del Evangelio donde descubrimos con mayor nitidez cómo es el Dios de Jesucristo y que Ignacio recoge a su modo y manera en su Principio y Fundamento [23]. Ambos textos recogen una experiencia vital de Dios. Lo voy a intentar caracterizar insistiendo en aquellos rasgos que considero básicos aparecen en ambos textos.

El rasgo más acusado sobre la divinidad que encontramos en Jesucristo es que Dios es Padre, y también Madre, de todos los

hombres. Jesús nos descubre que entre la divinidad y los hombres la relación que se establece es la de filiación, lo que es lo mismo, Dios es el Padre de todos los hombres, y nosotros no somos cualquier cosa para Dios, sino que somos sus hijos e hijas.

Pero todavía hay más. Dios es un padre para nosotros, pero no de cualquier manera, no es un padre autoritario, o despótico, ni tampoco es un padre distante o frío, ajeno a lo que le sucede a sus hijos, sino que Dios es un padre misericordioso. Y esto quiere decir que está siempre más dispuesto a perdonar que a condenar, que nos escucha y acoge siempre, aunque a veces las cosas no vayan como a nosotros nos gustaría. En palabras de Karl Rahner "Ante la misericordia y el juicio de Dios soy el niño pobre y débil, que sólo puede poner su esperanza en Dios y en su misericordia y así proponer ser bueno"⁷.

Un padre que camina con sus hijos y que está presente tanto en los momentos de gozo como en los de dolor, un padre que es compañero de viaje en el camino del sufrimiento y la dicha humana. Que lo que busca es que vivamos, pero no de cualquier manera, sino de verdad, del modo más humano posible. Lo humano si es verdadero es divino. Lo divino pasa por la humanización y dignidad de la criatura. Y que vivamos como hermanos unos de otros, sin diferencias ni discriminaciones entre los hombres. Esta descripción de lo que es Dios para Jesús la encontramos de un modo totalmente conmovedor y entrañable, en la parábola del hijo pródigo, y tematizado "en el fin para el que somos creado" en el Principio y Fundamento [23] de Ignacio de Loyola.

En ambos textos Dios no es ese gran manipulador de la vida humana como ha sido dibujado en algunas ocasiones, pero eso no quiere decir que a Dios le dé igual lo que le pase al hombre, que sea un Dios distante y lejano de la realidad humana. Para el evangelista el Padre respeta la decisión del hijo menor, aunque cada día salía al camino para ver si el hijo regresaba, e Ignacio nos recordará que todas las cosas "sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre" [23]. Dios nos ha creado libres y autónomos pero Dios es un Dios fiel al hombre, que camina con nosotros en todos los avatares de nuestra

⁷ Rahner K., "Meditaciones sobre los ejercicios de san Ignacio", Herder, Barcelona 1977, 58.

existencia, nos acompaña en nuestro vivir, alentando nuestras ilusiones, fortaleciendo nuestras esperanzas y dándonos fuerzas para luchar contra el mal y contra el pecado que desgarran a toda la humanidad. Quien ha experimentado, en cosas concretas, reales, la salvación de Dios, lo que es lo mismo que Dios le ama, le quiere, le acepta como es y le protege, sabe que la fidelidad de Dios, fidelidad liberadora y regeneradora, estará siempre con él. Digámoslo bien claro: el único fiel es Dios, no le da lo mismo lo que nos pase o nos pueda suceder, ni nos trata como merecemos. En otras palabras, es tener experiencia de “cuán infinita es la misericordia de Dios conmigo; y cuán incomprensible”⁸. No proyectemos sobre Dios nuestras mezquindades y cicaterías. Fidelidad en Dios significa gratuidad a raudales, generosidad sin límite. Porque hemos experimentado el amor filial, auténtico, de Dios es nuestras vidas, en cosas cotidianas y que nos han afectado, es por lo que podemos afirmar que Dios nos ama y que su amor jamás nos faltará y que ese amor derrotará al mal y al sufrimiento. El creyente se apoya en la vida de Jesús. Por él sabemos que Dios es amor, y amor que puede vencer al pecado y a la muerte. Todo ello se nos mostró en el misterio de su pasión, muerte y resurrección.

Dios está comprometido con la suerte y con el futuro de la creación y de la humanidad entera. Por eso podemos afirmar que el mal, el pecado, el dolor, la muerte, no es la última palabra de la vida humana, ni siquiera la penúltima. Lo definitivo, aunque a veces nos cueste descubrirlo, es la vida, la libertad, la felicidad, porque Dios nos ha creado para esto y quiere que lo vivamos de verdad. En el fondo no es más que la experiencia de “Dios como el Creador que nos ama y nos llama a una existencia en comunión con Él”⁹. Cuidado con nuestras desesperanzas, nuestros juicios fundamentados en un realismo paralizador y estéril, nuestras valoraciones y descalificaciones sistemáticas del mundo en el que estamos, nuestros pesimismo desimplicadores, de nuestras claudicaciones acomodaticias y mundanizantes. Habrá quien pueda pensar que esto es pura ingenuidad, o palabras hermosas que poco o

⁸ Ibid., 52.

⁹ Barry, op. cit., 68.

nada tienen que ver con la realidad, cuando ésta con tanta frecuencia es tan sangrante y dolorosa. Está en su derecho evidentemente, pero a esta persona le recordaría que quien ha experimentado, ha sentido alguna vez la profundidad del amor de Dios, su dimensión sanante y su llamada constante a la comunión con Él, podrá llegar sin demasiada dificultad a esta conclusión.

La experiencia de un Dios Padre, que está al lado de los hombres en los momentos gratos y en los menos gratos, nos lleva a afirmar que el Dios de Jesús de Nazaret es un Dios en el que podemos depositar toda nuestra confianza, nos podemos abandonar en sus manos, fiarnos de Él, sin medida, porque el Dios de Jesús es amor pleno y definitivo. Es un Dios padre que perdona sin ningún tipo de condiciones. Dios no nos va a jugar ninguna mala pasada. No nos va a fallar en el último momento. Nos acoge en todo momento y circunstancia, como hace con el hijo menor en el fragmento del evangelio de Lucas. Es un Dios que no necesita ser apaciguado ni compensado con nuestros sacrificios y ofrendas, como los dioses de la antigüedad, simplemente busca que abramos nuestro corazón a su amor y nos volvamos, nos convirtamos a Él, de verdad. Y esta conversión supone el que vivamos desde la misericordia. Es decir, que seamos misericordiosos y generosos con los demás, nuestros hermanos, de la misma manera que Dios lo es con nosotros. No nos trata como merecen nuestras faltas y pecados sino que busca el que en todo momento vivamos como hijos y hermanos de un mismo Padre que somos.

Otro rasgo del Dios de Jesús es que tiene un proyecto para los hombres, es un Dios que no está conforme con el modo como están las cosas, no le gusta, el dolor, la injusticia, la explotación, la inhumanidad en una palabra que rodea tantos y tantos aspectos de la vida de los hombres. Dios sabe por qué nos ha creado y para qué. Por eso ofrece una propuesta, un proyecto de futuro. Este es el Reino o el Reinado de Dios sobre toda la creación. Al final del texto de Lucas, el padre no sólo se conforma con perdonar al hijo menor, sino que le hace una propuesta de vida, le ofrece una fiesta como anticipo de esta nueva vida que va a empezar en la casa familiar. Ese es el horizonte al que mira el "solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados" [23] del Principio y Fundamento de Ignacio. No se trata

de aceptar a Dios rechazando el mundo, la creación, la realidad, sino ser fiel a Dios acogiendo, asumiendo, viviendo con libertad y desde su gracia todo cuanto nos ha dado, ha puesto en nuestras manos.

El Dios que se desprende de los textos que estamos comentando, es un Dios que se entrega sin límites, se da sin ninguna contrapartida a los hombres, es la generosidad plena. La manera que Dios tiene de relacionarse, de entablar un diálogo con los hombres y mujeres, es desde la entrega gratuita y libre, desde el servicio constante. Nuestro Dios es un Dios que no sólo no nos cobra peajes en nuestra relación con Él, sino que se dona, que se ofrece, a los hombres de un modo total y pleno. El Dios de Jesucristo es Dios derramándose, entregándose, dándose, poniéndose al servicio de los hombres. Descubrimos este dato en la actitud que el padre tiene con el hijo menor en todo momento, tanto cuando decide marcharse de casa, como cuando decide regresar. "Su amor es enteramente gratuito, regalado. Y en esto estriba la peligrosa incomprensibilidad de nuestra vida: ante este amor, yo, creatura, mantengo la capacidad de decidirme"¹⁰. Dios no se reserva nada para sí, sino que todo lo pone en nuestras manos, nos lo ofrece.

En Dios no hay ánimos de venganza o de castigo. Si hay en cambio mucha acogida, disponibilidad, amor, perdón. Generosidad. El Dios del hijo pródigo es el Dios del perdón. ¡Cuánto nos cuesta perdonar de verdad! Y sin embargo en un Dios Padre sólo cabe la reconciliación y el perdón. Perdonar es decirle a otro, de palabra y obra, quiero lo mejor para ti a pesar de que me hayas herido, de que tú no me quieras. Ésta es una de las palabras más proféticas y más creíble que los cristianos podemos dar hoy al mundo: ser hombres y mujeres que optan por la paz, la reconciliación y el perdón.

Normalmente cuando hablamos sobre Dios decimos que es omnipotente, que es el absoluto, el que todo lo conoce, que es infinito, inmutable, que no está sujeto a las limitaciones del espacio, del tiempo, etc. Le atribuimos una serie de adjetivos que lo califican y lo cualifican, que si bien es verdad que son ciertos, eclipsan, en mi opinión, la cualidad más importante del Dios de Jesús, el amor y la misericordia. Y

¹⁰ Rahner, op. cit., 19.

las consecuencias que las mismas tienen en la comunidad humana: Dios Padre rompe las relaciones verticales entre la humanidad y la divinidad y entre los hombres entre sí, y se pone a nuestro servicio, ofrece su vida, todo lo que es, para que los hombres se salven, vivan como seres humanos verdaderamente. El amor que Dios nos da nos diviniza porque no sólo nos cambia, nos recrea, sino que nos encarna en la comunidad de amor, en la comunión amorosa que es la Trinidad. El servicio, la entrega, al modo de Dios, nos hace más humanos, por lo tanto más divinos.

El verdadero poder de Dios, como ya indiqué en el párrafo anterior, no es tanto la capacidad que tiene de hacer su voluntad en todo momento, y el de imponerla a los hombres, sino que su poder y su fuerza es la misericordia. Dios nos cambia, convierte nuestros corazones de piedra en carne, no tanto por su poder absoluto sobre toda la creación, sino por su ternura y cariño. Dios no violenta o manipula nuestra libertad. Sino más bien, porque se entrega sin límites, se pone al servicio de la humanización y la felicidad del hombre, porque nos ama y quiere como hijos, es por lo que nos transforma y convierte, nos recrea y hace nacer de nuevo. Es el Dios del lavatorio de los pies, es el Dios que cura ciegos, cojos, leprosos, es el Dios que perdona a la mujer adúltera, es el Dios que se mantiene fiel a su pueblo a pesar de la idolatría y la mezquindad de éste. Este rasgo del Dios de Jesucristo tiene una importancia enorme en nuestra manera de anunciar y confesar al Dios en el que creemos. Nuestros contemporáneos no nos creerán nada sobre nuestro Dios si nos perciben como intolerantes, fundamentalistas, si vamos avasallando, imponiendo, violentando, si nos creemos poseedores, guardianes y defensores de la verdad. Hemos de ejercitar, vivir y experimentar, al modo de Dios, la tolerancia, la paciencia, el respeto, la acogida, la comprensión, la escucha, la solidaridad, para que Dios poco a poco sea “todo en todos”.

El Dios del Principio y Fundamento y de la parábola del hijo pródigo es un Dios activo, que crea y recrea todo desde el amor y la misericordia cada momento, cada instante. Yo creo que ésta es una de las experiencias básicas y fundamentales que se nos ofrece en la vida. La vivencia de que Dios no da nada por perdido nunca, de que siempre está luchando por hacerlo todo más agraciado, dichoso, pleno. Que la gracia, se

expresarse como se exprese, en acogida, en perdón, en sanación, en comunidad, etc., siempre es eficaz, fecunda. Dios hace brotar la vida del páramo y el desierto personal y colectivo más aterrador y infecundo. Es el Dios de un comienzo constante, continuo. Por eso Dios es Espíritu Santo. Es el Dios que se expresa en experiencias fundantes de la vida humana como el amor, el perdón, la vida, la misericordia, la solidaridad. Una acción creadora y recreadora que siempre trabaja en nosotros para atraernos a su Reino. Es el Dios que nos convierte en “compañeros suyos por la alianza en Jesucristo y entabla con su Creador un diálogo que se extiende desde Abraham hasta el final de los tiempos”¹¹.

Es experimentar que Dios nos sale al encuentro en los caminos de la vida, que se nos muestra en la realidad, en la existencia concreta cotidiana, en lo ordinario, en lo habitual. Que el lugar de Dios es el mundo, la creación, la vida, en toda su complejidad pero también en toda su riqueza. Un Dios que nos sale al paso constantemente, pero al que necesitamos reconocer. Hemos de aprender a mirar como el padre de la parábola contemplaba y oteaba el camino, la “indiferencia” o el “tanto cuanto” ignaciano. Dios mira, nos contempla, desde los ojos de corazón, de las entrañas. Nosotros no sólo no sabemos mirar o contemplar, sino que sólo vemos aquello que nos interesa, que nos puede resultar provechoso. Dios está en toda la creación, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, Dios nos sale al encuentro en infinitud de cosas, personas, momentos, circunstancias. Nos ve antes que nosotros le reconozcamos. El Dios de Ignacio y de Lucas es el Dios que toma la iniciativa, que no guarda las formas, que rompe el protocolo, que sólo le interesa la vuelta y el regreso del hijo, por eso pone todo a nuestra disposición, coloca en nuestras manos la maravilla de su creación para que nos realicemos como hijos y hermanos, y disfrutemos de su presencia día tras día.

Es el Dios de la alegría, porque la vida en buena parte es gozo, fiesta, comunión, felicidad. Un Dios que se alegra que las cosas nos vayan bien, que disfrutemos con todo lo que nos ha dado. Una alegría que se manifiesta en el derroche de la acogida que hace al hijo menor, o

¹¹ Laplace, op. cit., 23.

en la abundancia de bienes y riquezas que nos da cada momento de nuestra existencia, tal y como señala Ignacio de Loyola. La alegría, como la del Padre, siempre se traduce en fecundidad, en abundancia, en desmesura, en vida para todos aquellos que la comparten y la experimentan. Hemos de recuperar la alegría, el gozo de nuestra fe, de nuestro seguimiento. La tristeza, la oscuridad, la penumbra con la que tantas veces hemos disfrazado y ocultado nuestra vivencia religiosa, no son cristianas. El Dios en el que creemos no sólo se alegra con nosotros cuando hay motivo para ello, sino que comparte la alegría y el gozo de un Padre que queriendo lo mejor para sus hijos e hijas, no cabe de felicidad cuando éstos regresan a la casa familiar.

Todo lo dicho anteriormente nos lleva a afirmar, a modo de síntesis, que Dios ante todo y por todo, es amor y misericordia. En esta sentencia podríamos concentrar, resumir, todo lo que Jesús de Nazaret nos ha dicho sobre el Dios en el que creía y que encontramos en el texto evangélico de Lucas, y de otro modo en el Principio y Fundamento [23] de los Ejercicios de San Ignacio. Esta afirmación nos trastoca y nos remueve mucho por dentro, porque en el fondo nos cuesta imaginar y vivir al modo de Jesús, totalmente entregado a la voluntad y a la relación de amor con el Padre y con los hermanos. Como dice algún autor “el progreso en la vida cristiana no está en otra cosa; consiste en ir aprendiendo a creer en el amor de Dios, a fiarse de su perdón, a dejarse transformar por esa certeza salvadora”.¹² Pocas cosas resultan tan grandes y tan liberadoras en la existencia de los hombres como el experimentar que nos aman y nos perdonan y el poder amar y perdonar a los demás de verdad. Esta es la principal característica que nos reveló Jesucristo con su vida y sus palabras, que Dios nos quiere, nos quiere como somos, que sólo busca nuestro bien, y que desea que todos los hombres nos amemos como Él nos ama. En palabras de Jean Laplace “el amor no se impone, el amor se propone y espera la respuesta”¹³. El amor es apertura, es disponibilidad para escuchar, atender y acoger al otro, no de cualquier manera sino como hermano, hijo de un mismo padre. Esto es lo que nos recuerda insistentemente la primera carta de

¹²Torres Queiruga, A, *El Dios de Jesús. Aproximación en cuatro metáforas*. Sal Terrae, 1991, 36.

¹³ Laplace, op. cit., 23.

Juan: Dios está presente donde hay amor de verdad. Donde los hombres y mujeres se aman de un modo auténtico, allí se está revelando Dios y se está mostrando lo que es, la imagen verdadera del Dios de Jesús en el que creemos y confesamos los cristianos.

¿Qué es ser hombre desde Dios?

Tanto en la narración de Lucas como en el Principio y Fundamento encontramos una teología, lo que es lo mismo una experiencia y un discurso concreto sobre quién y cómo es Dios. Esto es lo que hemos desarrollado en el apartado anterior. Pero también encontramos una antropología, es decir una forma concreta de expresar lo que es el ser humano y el sentido que tiene su existencia. En ambos textos la teología, lo que se dice de Dios, ilumina la antropología, la realidad última del ser humano. Veamos cómo se define, qué elementos configuran lo que es ser hombre a la luz de lo que decimos sobre Dios en ambos textos.

Lo primero que encontramos en ambos textos es el respeto profundo y verdadero que Dios tiene por el hombre y su libertad. Dios nos ha creado libres. No somos títeres o marionetas de Dios, con las que hace lo que quiere. Dios nos ha hecho libres y respeta y asume nuestra libertad, aunque en ocasiones nuestras opciones vayan contra Él, como podemos observar en el texto de Lucas. Podemos decirle a Dios, nuestro Padre, sí o no, podemos hacer su voluntad o ir contra ella, podemos abrirnos al amor de Dios o vivir cerrados al mismo. Esto es muy importante porque si afirmamos que Dios quiere y respeta la libertad humana, ya no es posible hacer responsable a Dios o a la providencia del mal que nos pueda pasar o de los sufrimientos que aquejan a los hombres, o de la complejidad y dureza de la existencia humana. Vivir como cristianos maduros es vivir nuestra libertad de un modo responsable y solidario. Todavía, con demasiada frecuencia, tendemos a responsabilizar a Dios, consciente o inconscientemente, de lo malo que nos sucede. Por el contrario, cuando las cosas nos van bien, el logro o éxito es nuestro. Esta relación con Dios es muy inmadura, y manifiesta una fe que no ha crecido, que tiene poco de cristiana y mucho de pagana. Nuestra libertad, por muy vulnerable y frágil que sea, tiene un papel muy importante en como se desarrolle nuestra existencia. Si

Dios estuviera interviniendo constantemente en nuestra vida, seríamos robots, pero no hombres o mujeres, no hijos ni hijas, criaturas de Dios. Vivir en libertad nos lleva a ser responsables de nuestros actos ante Dios y ante los hombres. Pero ahí más, solamente viviendo una libertad adulta y comprometida con la creación entera, nos hacemos y nos constituimos en hombres, pero no de cualquier modo, en hombres y mujeres creyentes al modo de Dios. Lo que es lo mismo nos hacemos más humanos, a imagen y semejanza de Dios. La libertad que recibimos de Dios es la libertad serena y pacífica de quien se siente criatura. No una libertad que opta y elige cosas según su fantasía, sino la que consciente de sus condicionamientos y limitaciones, se acepta a sí misma, juntamente con toda la creación, como posibilidad para que todo alcance la meta a la que está llamado en Dios.

Somos criaturas, hemos sido creados por Dios, a su imagen y semejanza. Dios es el dador de la vida, de la existencia, el Amor por excelencia y todo está fundado sobre Él, todo se sostiene sobre Él. El hombre y la mujer son expresión del amor creador de Dios. Como hemos sido creados por Dios, en Él, también en Él estamos llamados a comprender la verdad de lo que somos. Lo que es lo mismo nosotros no somos el centro de nuestra existencia, el centro es Dios. Dios es el centro ontológico y relacional de nuestra existencia y de la historia humana para el creyente. Ello expresado desde la realidad amorosa y tierna que es Dios nos permite afirmar que Dios es Padre/Madre que ama a sus hijos e hijas, con un amor inmenso, gratuito y desmedido. El hombre sólo es hombre en la medida que vive desde Dios, desde un amor sin medida, desde el momento que se abandona y confía en este amor ilimitado. Es por ello que el ser humano está llamado a vivir descentrado, es decir arraigado y cimentado en el Padre. Se trata de “una libertad que se sabe esencialmente creada y limitada. La libertad sólo es auténtica cuando ha asumido sus limitaciones de criatura delante de Dios”¹⁴. Ignacio lo pone claramente de manifiesto en su Principio y Fundamento. Y Lucas en su parábola lo expresará de una manera más sutil: ambos hijos, el menor y el mayor, serán verdaderamente hijos, vivirán en plenitud cuando se reconozcan como hijos y se encuentren en

¹⁴ Laplace, op. cit., 71.

el Padre. Es precisamente esta condición nuestra de criaturas la que nos recuerda que Dios es el Dios de nuestra vida, qué Él es el único capaz de dar vida; pero por contra que en la existencia humana ha habido, hay y habrá una tendencia constante a la idolatría, llámese como se llame: mi propio cuerpo, mi felicidad, el placer, el poder, el tener, etc. Cuidado con los ídolos, que no dan vida, la quitan, que no nos hacen libres, que nos esclavizan. Hablar de Dios como Padre y yo cómo hijo, lo que es lo mismo, como criatura, es preguntarme si Dios es el Señor de mi vida, o en negativo ¿qué ídolos tengo a los que rindo culto, dentro y fuera de mi corazón? El hijo menor rinde culto al mundo y a sus placeres, mientras que el hijo mayor, tiene por ídolo la norma, la obligación, la ley. Ninguno de los dos será libre, ni se experimentarán como hijos hasta que no se encuentren con el padre.

Aparece también nuestra vocación, a lo que conduce nuestra experiencia de un Dios que tiene entrañas de misericordia. Nuestra manera de ser criaturas es ser buenos samaritanos. El seguidor de Cristo debe estar en el mundo como samaritano, cirineo, que ayuda, socorre y carga con las necesidades y los sufrimientos de tantos hombres y mujeres que los padecen. Nuestra fuerza no es tanto la solidez de nuestra doctrina, o la capacidad de convicción que tengamos, como el testimonio creíble de nuestro servicio constante a toda la humanidad. El amor, el servicio, son fuerzas transformadoras, lentas pero constantes. Ahí radica la fuerza de nuestro Dios, nuestra fuerza como seguidores de Jesucristo, y no en nuestra autoridad, en nuestro poder, o en el éxito que alcancemos con los medios que poseamos. Si queremos ser fieles al Dios de Jesús debemos ceñirnos la toalla, coger el agua y la palangana y ponernos a lavar los pies a nuestros hermanos y hermanas. Y el mundo hoy necesita muchos buenos samaritanos, gente que cure heridas, que cree espacios de solidaridad, que consuele, que sea instrumento de misericordia y de paz.

El hombre y la mujer de la parábola del hijo pródigo y del Principio y Fundamento [23], es un hombre entregado y comprometido con el proyecto y la causa de Dios. Ante tanta deshumanización el Dios de Jesús de Nazaret nos ofrece una propuesta de vida y de salvación, que es el Reino de Dios. Se nos invita a comprometernos, a trabajar codo

con codo con Dios para hacer un mundo más justo, más fraterno, donde no quepan egoísmos ni rencores, más solidario, más humano en una palabra, donde todos los hombres podamos vivir como hermanos y hermanas en una misma casa que es la tierra, la creación entera. Willian A. Barry lo expresa de este modo: “nos hacemos uno con Dios en tanto cuanto que nuestras acciones están en sintonía con el Reino de Dios”¹⁵. Es verdad que el Reino de Dios no lo encontraremos de un modo definitivo en la tierra, pero también es verdad que se ha de empezar a construir en la historia, en la vida concreta y real de los hombres, y que las estructuras de paz, felicidad y fraternidad que creamos en este mundo son un anticipo, de la vida definitiva que se nos dará un día al final de los tiempos. El Dios de Jesucristo no nos deja abandonados al dolor, al sin sentido y a la muerte, nos ofrece un horizonte de vida que abre nuestra esperanza y nuestra libertad a un futuro pleno donde no cabrán penalidades ni frustraciones. Estamos llamados a vivir para siempre, pero para eso Dios nos invita a que colaboremos con él haciendo un mundo más justo, más a su modo y manera. Esa es la gran tarea de todo cristiano, comprometidos con este proyecto divino no sólo hacemos la voluntad de Dios sino que vamos abriendo el futuro, construyendo la esperanza, para muchos de nuestros hermanos. Que no nos pase como al hijo mayor de la parábola, al que el padre tiene que reprocharle su falta de solidaridad y de sensibilidad hacia su hermano más pobre y desvalido, su descompromiso y desvinculación ante la nueva perspectiva que se abre en la casa familiar.

El ser humano entendido desde el Dios del Principio y Fundamento y de la parábola del hijo pródigo es un hombre y una mujer que son cocreadores con ese mismo Dios. ¿Qué significa ser cocreadores? Que toda nuestra vida esta llamada a hacer que toda la creación llegue a su plenitud según el sueño y el deseo de Dios. Dicho desde el Principio y Fundamento, nuestro fin en el mundo es “alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor” [23]. El uso de las cosas, de la creación está determinado por el amor de Dios y la ayuda a nuestro prójimo. No podemos vivir nuestra existencia en compartimentos estancos, tenemos un deber, una misión, una tarea, que todo hable de Dios y comunique lo mejor que

¹⁵ Barry, op. cit. 103.

Dios nos ofrece que es su amor, su misericordia. Nuestra fe cristiana tiene que tener repercusión, tiene que condicionar nuestra manera de vivir el mundo laboral, el familiar, nuestra pertenencia a una sociedad concreta, nuestro modo de cuidar la naturaleza, tiene que empapar nuestros valores, nuestro mundo afectivo, todas las dimensiones de nuestra realidad humana. En el fragmento de Lucas hay dos ejemplos claros de renuncia a esta dimensión recreadora de la vida humana: la del hijo menor que escapa esclavizándose de las cosas desde el mal uso de las mismas; y la del hijo mayor que se escuda en la obligación y el deber para sentirse obrero y no-hijo. Dios nos ha dado, ha puesto en nuestras manos todo lo creado, no para que nos perdamos, nos esclavicemos a ello, lo malgastemos o lo destrocemos, sino para nuestra salvación y la de toda la humanidad. Por eso todo y todos deben anunciar y proclamar la llamada de Dios Padre y la propuesta que hace a la humanidad entera.

Es un hombre que tiene que vérselas con las mediaciones humanas. Que vive encarnado en el mundo, que elige, que toma opciones y decisiones y que asume las consecuencias de las mismas, “a lo largo de la historia, todos los que se han hecho semejantes a Cristo a través de la relación con Él, han sufrido como Él sufrió”¹⁶. Es un hombre que discierne, que se pregunta por la voluntad del Padre, que deja que el amor y la ternura de Dios echen raíces en todos los ámbitos de su existencia. Que se interpela sobre cómo usa las cosas, todo lo creado, de qué manera la creación -cosas, actitudes, salud, enfermedad, éxito, etc.- en lugar de acercarnos al Padre, nos distancia. No podemos seguir relegando a Dios a momentos concretos y específicos, a ámbitos determinados de nuestra vida. No podemos llamarnos hijos, cristianos y vivir como si Dios no existiese, seis días a la semana, mientras que el domingo es el día del Señor. Vérmolas con las mediaciones del mundo es asumir que hay modos de vida que humaniza, nos acercan a Dios, nos hacen hermanos de los demás, y otros que nos deshumanizan y nos alejan de Dios. No todo vale. No podemos escudarnos en la desimplicación, la comodidad o la irresponsabilidad, para no hacer un mundo y una sociedad más justa y más digna. Hay modos de vivir que se acercan al Reino y otros que son

¹⁶ Barry, op. cit., 74.

claramente antirreino. Y estos hemos de asumirlo. Hay que recuperar la dimensión política, la vocación de servicio a la comunidad, de nuestra fe, lo que es lo mismo hacer que nuestros gozos y esperanzas, temores y miedos, sean los mismos que los de nuestros conciudadanos para juntos trabajar porque la creación y la vida humana lleguen a su plenitud. Creo que la parábola de Lucas ilustra nítidamente lo que supone no ser libres ante las mediaciones humanas: de un lado el hijo menor, que sucumbe ante los encantos del mundo; de otro el hijo mayor, que no sabe estar en el mundo desde el amor sino desde la exigencia. En la misma dirección va la famosa “indiferencia” de San Ignacio o el “tanto cuanto” que encontramos en el Principio y Fundamento [23], lo que nos salva o condena es el uso que hagamos de los medios que tenemos en nuestra mano.

Un hombre cuya esencia es la relación, la apertura, la comunicación, siendo de este modo imagen del Dios Uno y Trino. Ser es darse, es comunicación. Somos seres libres en la medida que nos abrimos al amor. La plenitud del ser humano no es posible sino en el reconocimiento del otro, en la renuncia radical de sí para abrirse a la comunidad. El hombre del fragmento de Lucas y del texto ignaciano del Principio y Fundamento [23] es un hombre constituido por la relación de filiación ante Dios, es hijo, no cosa, no esclavo, no trabajador; y por la relación de hermandad, de fraternidad para con los demás. Como con insistencia señala en sus escritos José I. González Faus “es seguidor del Amor y no del amo”. El otro no es un competidor, no es un enemigo, no es un extraño para mí. Es un hermano, y ambos, él y yo somos hijos de un mismo Padre/Madre. No somos seres ni solitarios ni solipsistas, Dios nos ha hecho comunidad, familia. El individualismo, el subjetivismo, vividos de un modo radical y poco discernido acaban expulsando a Dios de la realidad porque colocan al hombre en el centro, en el lugar de Dios. Hemos de esforzarnos por renovar y reforzar las mediaciones y expresiones comunitarias de nuestra fe cristiana. El hermano es rostro de Dios, es como yo morada del Espíritu Santo, es el lugar donde Dios me sale al paso, al encuentro. Es teofanía, manifestación de Dios. Lo mismo que la comunidad eclesial. El mundo con su complejidad y su dureza, nos golpea, nos seduce y nos hiere en lo más profundo de nuestra realidad personal, como el hijo menor de la parábola de Lucas, pero si como creyentes queremos permanecer fieles a Dios, no podemos encerrarnos en nuestro pequeño mundo, por muy tentador y

confortable que sea, hemos abrírnos para sentirnos familia de Dios, viviendo en un mundo que está llamado a ser la casa común de todos.

Si bien es verdad que todos somos hermanos entre sí, hijos de un Padre común, también lo es que Dios tiene una preferencia especial por aquellos que son los pequeños y los desheredados de este mundo: pobres, prostitutas, enfermos, inmigrantes, etc. Aparece claramente reflejado en la parábola del hijo pródigo que estamos siguiendo, el hijo menor, pobre y desgraciado, es “preferido” por el padre, frente al hijo mayor, dueño y señor de toda la hacienda, porque él solo tiene al padre. El Dios de Jesucristo, no es un Dios imparcial, equilibrado, en el sentido en el que lo entendemos los hombres, es un Dios comprometido con la suerte de aquellos que más le necesitan, un Dios que está más cerca si cabe de aquellos que nada tienen, excepto el amor y la generosidad divina. Es el Dios de aquellos que sólo tienen a Él para sobrevivir y subsistir. Quien está más indefenso en el mundo, en todos los sentidos posibles, ese, por su indefensión, su vulnerabilidad, es el preferido de Dios, porque depende de su misericordia y ternura para subsistir. El amor, y menos el amor de Dios a los hombres, no es ecuánime, neutral, de la misma manera que un padre o una madre, se vuelca más y se desvive más por aquellos que son los más débiles y más pobres, de entre todos sus hijos, de este modo actúa Dios y nos llama a nosotros a que actuemos y nos comportemos con este modo de proceder.

La vida, el camino, el día a día, como lugar donde Dios nos espera, donde el Padre nos sale al encuentro. En otras palabras, el ser humano está llamado a vivir apasionadamente la historia humana, en lo pequeño y en lo grande. Ella es el ámbito donde reconocer, sentir y experimentar a Dios. Sólo en la existencia humana, en lo que tiene de lucidez, espléndido, como en lo que tiene de oscuridad, de agujero negro, es donde nos vamos configurando y recreando al modo que Dios quiere, donde nos salvamos o nos extraviados, como le ocurre a los hijos de la parábola, o como insiste Ignacio en el texto del Principio y Fundamento [23]. La vida, la historia, tanto en lo cotidiano como en lo extraordinario, no sólo merece ser vivida, sino que allí Dios nos va haciendo más a su manera, allí Dios nos va cambiando, convirtiendo, interpelando, llamando. Vivir encarnados en el mundo, vivir como Jesús, aún con sus caídas, es algo apasionante. Hemos de recuperar la densidad de lo cotidiano, lo pequeño, porque en

ello es donde, día tras día, Dios nos sale al encuentro. Éste es el camino donde el Padre nos espera. No podemos decir que estamos entregados al Reino si no somos capaces de humanizar y dignificar el pequeño o gran mundo que nos rodea, sin acoger y prestar atención a los cercanos, a los próximos. Desde la fe podemos decir que todo nos anuncia la victoria de Cristo, nuestra vida concreta a la luz de Evangelio, está llamada a anticiparla, a proclamarla, a concretarla. Lo hermoso de la parábola de Lucas es que en el camino de cada uno de ellos, tanto el hijo menor como el mayor, acaba confluyendo en el Padre, queriéndolo o sin querer los dos se encuentran con lo mejor de Dios, el amor, en lo sencillo y ordinario de sus vidas. Dicho desde la perspectiva del Padre, la paciencia y la misericordia de Éste es lo que acaba convirtiendo, sanando, regenerando, curando, las vidas enfermas y golpeadas, por los diversos avatares personales, de ambos hermanos. Ignacio dirá en el Principio y Fundamento “solamente deseando y eligiendo, lo que más nos conduce para el fin que somos creados” [23]. La vida en lo que tiene de rutina, sencillez, ordinaria, vivida desde Dios, es lugar de comunión con el Padre.

Un hombre, una mujer llamados a la plenitud. La fe cristiana nos convoca a vivir con esperanza y confianza en un Dios que es creador, pero también el salvador, sanador y redentor de todo y de todos. Que es el que hace nuevo desde su ternura al ser humano y a la creación entera. Es participar, como dice K. Rahner, del “Cristo total, con todo su destino, toda su realidad, con todo cuanto vivió y padeció en su vida terrena, que ha entrado en la gloria del Padre”¹⁷. Plenitud a la luz de los dos textos con los que estamos trabajando significa ser capaces de sostener la esperanza, de fiarse del Dios de las promesas, incluso cuando lo evidente parezca desmentirlo y desdecirlo. No podemos caer en una espiral de desencanto ni de desilusión porque eso nos deshumaniza y nos paganiza ya que nos lleva a vivir como si Dios no existiera. Es éste uno de los retos más importantes que tenemos los cristianos hoy. Hemos de mantener la mirada levantada hacia el horizonte, más allá de lo inmediato, aunque no seamos capaces de ver que el Padre nos aguarda en lo alto del camino, pero seguro que Él nos

¹⁷ Rahner, op. cit., 235.

reconoce, nos ve, antes de que nosotros nos percatemos de ello. Sabemos que estamos llamados a vivir, sabemos que Dios es nuestra vida, no nos dejemos llevar pues por el realismo paralizador, por el pesimismo descomprometedor. Vivamos como lo que somos hijos en el Hijo, hombres y mujeres que ya han sido salvados en Cristo. La esperanza de un futuro en comunión con Dios Uno y Trino, lleva a Ignacio a pedirnos que nos hagamos libres, indiferentes, a todas las cosas criadas [23], y a Lucas a insistir más en la grandeza de la misericordia de Dios que en la maldad del hijo menor o la ceguera del hijo mayor. Dios cumple siempre sus promesas. Dios está no sólo “con” nosotros sino “por” nosotros. Sólo quiere nuestro bien y nuestra dicha. Fiémonos de Él.

Un hombre que es expresión, manifestación de la bondad del Padre. Somos básicamente y en lo fundamental buenos, porque, lo queramos o no, somos reflejo, icono de todo el amor que habita a Dios. No sólo en nosotros hay más bondad y amor que mal y pecado, sino que en el mundo, en la creación entera, hay más seres humanos buenos que malos, más cosas buenas que malvadas. Aunque sintamos y experimentemos constantemente que nunca hemos de renunciar a convertirnos al Dios de Nuestro Señor Jesucristo. El amor es lo que tiene la última palabra de todo lo creado desde Dios. No es el dolor, el sufrimiento o el pecado. Sino la misericordia, la salud, la vida, la esperanza. Hemos de superar ese seudopesimismo no confesado que nos invade con respecto a la naturaleza del ser humano y su capacidad de amar y de hacer cosas buenas en el mundo. Las cosas, la vida humana, el mundo no han introducido en una espiral irremediable de degeneración o perversión. Lo creado se nos ha dado a todos los hombres y mujeres para nuestra liberación. La creación entera está llena del Espíritu de amor del Padre, por eso nunca nada está definitivamente perdido. Porque Dios está luchando con nosotros por la vida y el futuro. Cuidado con nuestras condenas, descalificaciones, juicios o valoraciones negativas, porque en el fondo lo que manifiestan y reconocen es nuestra incapacidad para descubrir la fuerza de Dios que nos sostiene, aguanta y alienta hacia la vida. Dios está con nosotros, con la creación, no contra nosotros. Él empuja para que todo y todos en el mundo se reconozcan en su gracia. Nada está muerto o desechado

definitivamente para Dios. Tanto el Principio y Fundamento de Ignacio como el texto de Lucas son claros y distintos al respecto.

Un ser humano que está llamado a nacer de nuevo. Dios siempre nos convoca para empezar de nuevo, para renacer, para ser recreados, una y otra vez. Y todo comienzo es don, regalo de Dios. Por eso comenzar de nuevo es aceptar y vivir con gozo el que el Padre nos invita a caminar diariamente en el Espíritu. A volver a empezar sin importar las veces que hayamos caído, fracasado ni el modo y la manera de nuestra derrota. Experimentar a Dios, como insisten tanto Lucas e Ignacio en los textos que estamos trabajando, es volverse una y otra vez al Dios vivo. Es sentir que Dios nos ama, que ama al mundo, con un amor creador y providente. Que nos llama, una y otra vez, a la existencia, a la vida, que busca que vivamos en comunión con Él. Renacer de nuevo supone que hemos de tener paciencia con nosotros mismos, con los demás, con el mundo, que hemos de mirarnos y con ojos más tiernos, más tolerantes, acogedores. Que hemos de ser creativos con nosotros, los demás y la creación, para que todo encuentre su camino de perfección y plenitud en Dios. Cada vez que tenemos experiencias fundantes, de sentido, de plenitud, estamos experimentando la acción recreadora de Dios, que está trabajando constantemente para que encontremos la dicha y la felicidad en Él. Ello nos ayuda también a reconocer hasta que punto son contrarias a sus propuestas de vida, muchas de nuestras acciones, actitudes, opciones, que configuran nuestra existencia y la de los demás. Ser hombres y mujeres constantemente recreados, lo que es lo mismo ser contemplativos en la vida, exige encontrar a Dios en todas las cosas y en todo momento, reconocer su actividad recreadora y dinamizadora en el seno de la creación entera.

Tanto en la parábola de Lucas como en el Principio y Fundamento se nos muestra implícitamente que hay modos y maneras de ser hombre y mujer que no son humanas, a la luz de la fe cristiana. Dicho de otro modo, que son deshumanizadoras porque no se descubren ni reconocen como hijos. En Lucas, el hijo menor es un hombre sin horizonte, que ha perdido el rumbo, el norte de la existencia, que malvive pero no vive: por el contrario el hijo mayor es un hombre esclavo de la ley, de la observancia, por ello sobrevive, pero tampoco vive. Ninguno de los dos saben ser hijos porque no saben servir ni reconocerse verdaderamente

como tales en el padre, por ello no comprenden ni entienden que todo lo del padre es suyo. Ambos viven como siervos de diferentes señores que no son el padre, pero desde luego no como hijos. En Ignacio, el hombre que no es indiferente, que no sirve, alaba y hace referencia a Dios, que no es capaz de reconocer en los dones de la creación, al Creador, tampoco tiene una existencia humana. Es un hombre cuyo principio y fundamento no es Dios, son las cosas, las necesidades, los impulsos, las compulsiones, las búsquedas, a las que convierte en ídolos a los que sirve y adora. Dichas maneras de vivir no son humanas porque no se parecen en nada a Dios, cuya realidad es el amor y la generosidad sin límite. En otras palabras: quien no ama como Dios ama y nos ama, no vive humana y dignamente, no vive como hijo, a la luz de la fe cristiana, malvive o sobrevive como puede. No ha descubierto que en la relación hijo-Padre, radica la última y radical consistencia de lo humano. No tienen a Dios como Padre/Madre, sino como dueño, como jefe, como patrón, amo.

Un hombre que está llamado a ser instrumento de paz y de reconciliación en nombre de Dios. Nuestra vocación como hijos de Dios es la de trabajar por la paz, la de ser pacíficos, constructores de reconciliación y justicia en medio de un mundo y de una sociedad dividida y distanciada por odios, rencores e injusticias tremendas. Probablemente uno de los testimonios más creíbles que los cristianos podemos dar hoy de nuestra fe es la de trabajar y luchar por la paz y la reconciliación. Por la paz y la reconciliación de todas las cosas entre sí, de la creación entera con la humanidad. Por la paz y la reconciliación de los hombres y mujeres entre sí, superando las divisiones, las distancias, los odios que les separan. Y finalmente, por la paz y la reconciliación de la humanidad y la creación con el Creador. Dios y las criaturas no son enemigos ni competidores, sino Padre e hijos/as. Pero no habrá paz y reconciliación sin perdón mutuo, sin justicia, sin ser más generoso con quien es más débil y necesitado, con quien menos tiene. La paz y la reconciliación se convierten en algo concreto cuando se traducen en modos de vivir y organizar estructuras justas y dignas. Cuando nos amamos unos a otros como el Padre nos ama, cuando nos perdonamos, cuando buscamos y luchamos por alcanzar la perfección de Dios que es la misericordia y la justicia. En la parábola de Lucas hay reconciliación y

paz en el hogar del padre, cuando éste perdona al hijo menor y vence la dureza de corazón del mayor. En el texto ignaciano la paz y la reconciliación se alcanza cuando todos estamos en el mundo desde la libertad liberada y verdadera que Dios nos ofrece, cuando nuestra libertad nos abre al Creador, a las creaturas y a la creación entera y no nos encierra en nosotros mismos.

Ser hombre o mujer, ser hijo o hija de Dios, es ser misericordioso como el Padre lo es. Bien podría ser ésta la afirmación que resumiese todo lo que hemos intentado desarrollar en este apartado. La condición humana, aquello que en verdad es la humanidad, a la luz del texto de Lucas y del texto del Principio y Fundamento [23] es corresponder de un modo generoso y gratuito al amor y la misericordia divina, y responder a tanto amor que se nos ha dado, se nos da y se nos dará, amando lo máspreciado de Dios que son sus criaturas, amando al hermano y a la hermana como Dios los ama, teniendo con el otro un corazón de carne, unas entrañas de misericordia y no un corazón de piedra, cuidándonos unos a otros como Dios Padre nos cuida. Amando como Dios ama es el modo que tenemos de buscar, hallar y cumplir en todo su voluntad, de entregar nuestras existencias enteras a que todo y todos tengan experiencia de este Padre tan generoso y tan solidario que es Dios. Sólo amando al hermano como el Padre le ama es como podremos ser uno para los otros salvación, salud, buena noticia, libertad, dignidad, en nombre de Dios. El amor nos salva tanto de la ley, como lo hace con el hijo mayor, pero también de la cosificación y el sin sentido de la vida, que es la experiencia del hijo menor. A la vez que libera, sana, recrea nuestra libertad, como vemos en texto de Ignacio, solo eligiendo aquello que nos conduce a Dios, que nos hace verdaderamente hombres y nos introduce en la vida de comunión de Dios. La misericordia es lo que nos salva y lo que nos hace instrumentos de salvación en nombre del Dios de la vida en nuestro mundo.

A modo de conclusión

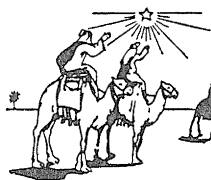
Se puede considerar el Principio y Fundamento no meramente como una introducción a los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, sino como una buena síntesis de los mismos, una manera concisa y densa de disponer, preparar al ejercitante para recibir la Buena Nueva

que Dios quiere darle en todo el proceso. Es el esbozo de un programa que se irá desarrollando a lo largo de un tiempo sereno y pausado, que va verificando la disponibilidad, la libertad, la gratuidad que tiene el ejercitante con respecto a Dios y la creación entera. Con esmero pero también con claridad se nos confronta con la realidad de Dios, de nosotros mismos y del mundo, desde la fe, la esperanza y la libertad. Para Ignacio el fundamento de todo lo existente es Dios, un Dios que tiene un plan concreto: la existencia perpetua de todo lo creado mediante la comunión con Él y no deja de esforzarse y de comprometerse en ello. Sólo experimentando a este Dios Padre de entrañas de misericordia el ser humano descubre y puede vivir su vocación auténtica.

La parábola del hijo pródigo de Lucas es una de las descripciones más hermosas e impactantes que Jesús de Nazaret hace del Dios en el que cree, del Dios a quien se le puede llamar Padre. Y se le puede llamar Padre porque lo fundamental de Él es el amor y la misericordia. La humanidad entera ha sido engendrada en dicho amor, su misericordia nos ha hecho hijos e hijas suyos, invitándonos a vivir una filiación y una fraternidad sin límites. No somos unos extraños para Dios, somos hijos e hijas en el Hijo, coherederos con Él y cocreadores con el Padre. No estamos por tanto condenados a vivir incomunicados, encerrados en nuestra pequeña y pobre realidad solitaria y limitada, sino que somos y tenemos hermanos, formamos una familia, hijos e hijas todos y todas del mismo Padre. Y nada hay o debería haber tan fuerte que pueda romper esta relación de hermandad que debe reinar entre nosotros. Y el mundo no es un lugar inhóspito donde hay que salir adelante como se pueda, sino que es la casa común, el hogar, de todos. La creación es el tesoro que el Padre pone en nuestras manos, no para que lo derrochemos, sino para que lo pongamos al servicio de la vida y de la plenitud de la humanidad entera.

Sólo la experiencia de Dios nos mostrará lo que Dios es, y sólo experimentando a Dios descubriremos los creyentes lo que el ser humano está llamado a ser. Creer en Dios es creer, vivir y luchar por el hombre. Y ser hombre es caminar, aspirar, desear a ser como el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo. Bien podríamos afirmar que la

teología y la antropología que han aparecido en esta interacción entre el texto del Principio y Fundamento [23] de Ignacio de Loyola y el fragmento de la parábola del hijo pródigo del evangelista Lucas (Lc 15, 11-32) que Dios es experiencia, realidad del hombre y que el ser humano es experiencia, manifestación de Dios.



Navidad, Compartir Esperanzas por un nuevo mundo posible.....

Antes de concluir este número de Diakonia 116, queremos agradecerles a todos nuestros amigos(as) suscriptores el haber estado con nosotros todo este año. Para eso queremos desearles una feliz navidad y próspero año nuevo 2006.

